



XI. ESTACION.

El lugar en donde la Virgen Santísima cayó en un éxtasis de dolor, al ver à su Hijo y Señor nuestro llevando la Cruz al Calvario.

Es tradicion en Jerusalem, que teniendo noticia la Virgen Santísima por S. Juan Evangelista, que su hijo Jesus, había sido condenado á muerte, y que con el cuerpo todo molido con los golpes de los azotes, y la cabeza penetrada toda de espinas, llevaba la cruz al Calvario sobre sus espaldas, en compañía de dos ladrones; corrió á encontrarlo, atravesado íntimamente el corazon con la espa-

da de dolor que el Santo viejo Simeon le había predicho el dia de su purificacion, y que gritando lastimeramente á la turba del populacho y de los soldados que embarazaban el camino, decia: Dejad pasar una pobre Madre afligida, dejadla ver por la última vez á su querido hijo, á su hijo único. Habiéndolo visto de bastante cerca tan desfigurado, levantó la voz, y le dirigió estas lamentables palabras interrumpidas de algunos suspiros, ¿Sois voz el que veo, amable Jesus mio? no os conozco: miradme, querido hijo de mis entañas. Habiendo enjugado el Salvador sus ojos cubiertos de sangre y de salivas para mirarla, cayò la Madre en un doloroso éxtasis, que se llama pasmo, en brazos de San Juan Evangelista y de Santa María Magdalena, que la acompañaban. Se muestran todavía hoy, las ruinas de una capillita, fabricada en otro tiempo en memoria de este devoto y lastimero misterio. Será bueno decir aquí, á la Virgen Santísima: ¡Oh Madre de Dios! ¡con cuánta razon os llamamos nuestra Señera de la Compasion! ¿Hubo jamas en el mundo Madre mas digna de compasion que vos? Quiero grabar bien profundamente en mi corazon, la idea de este triste encuentro, y acordarme de él, si es posible, todos los dias de

mi vida, para condolerme con vos, y daros el pésame.



ORACION.

¡Oh Jesus! ¡oh María! ¡qué lastimoso encuentro para vos, Virgen Santísima, viendo á vuestro incomparable hijo en un estado tan horrible! ¡para vos, dulce Jesus, viendo á vuestra Santa Madre oprimida de una tan gran tristeza!

¡Oh, y cuánta verdad es, que Dios quiere que los buenos sean afligidos en este mundo; pues las dos personas mas inocentes y mas santas son tan extraordinariamente afligidas!

¡Oh Jesus mio! vos sois verdaderamente para mí, un Dios de lástima. ¡Oh dulce Virgen! vos sois verdaderamente para mí, una nuestra Señora de Compasion. Quisiera tener para con entrambos toda la lástima y la compasion de que es capaz un corazon sumergido en vuestro amor. Dignaos, buen Jesus, dignaos darme por las a-

ficciones de vuestra Santísima Madre, y por el mérito de las vuestras, una santa compasion de vuestras penas, y una fiel imitacion de vuestra paciencia, y de la de vuestra digna Madre.

Padre nuestro y Ave María, para tener mas ternura para con nuestro Señor y la Santísima Virgen en los misterios de la pasion, y para tener á su imitacion mas resignacion en nuestras penas.





XII. ESTACION:

El parage en donde nuestro Señor cayó agobiado del peso de la cruz, y fué levantado y ayudado á llevarla por Simon Cirineo.

Para concebir bien esta caída, es menester advertir que la cruz tenía quince piés de largo, y ocho al través; que era gruesa á proporcion, y por consiguiente que era muy pesada; que nuestro Señor estaba exhausto de fuerzas, por causa de su agonía, del sudor de sangre, y de toda la fatiga de la noche antecedente, como tambien por razon de los crueles y vivos tormentos que había padecido, y de la gran pérdida de sangre que habia tenido mientras los azotes y la corona de espinas, y porque no habia recibido otro re-

frigerio despues de la cena, sino un poco de agua fria y cenagosa que habia bebido cuando cayó en el torrente Cedron; que los soldados implacables no le daban tiempo para respirar, sino que le hacían andar á fuerza de golpes, y le interrumpían el aliento; que la cruz por una punta arrastraba por tierra en un piso desigual, le daba continuamente horribles golpes en la cabeza, y hacía meter mas adentro las espinas de la corona; que el encuentro de su pobre madre afligida mortalmente le habia oprimido el corazon. Así, concurriendo todas estas cosas juntas, hicieron caer á nuestro Señor bajo el pesado madero de la cruz. Contempla pues, alma mia, á tu caritativo Redentor medio estrellado bajo el árbol de la prensa de la justicia de Dios. Mira como su preciosa sangre corre de todas las partes de su cuerpo, y tiñe el suelo sobre que ha caido. Oye las justas quejas que dá contra los pecadores, que con sus continuas ofensas no dejan de echar peso sobre la cruz, y aumentar su tormento. ¿Y qué? ¿no se encontrará alguna alma, que tenga compasion de él, y le ayude á levantar, y á caminar hasta el término de su carrera? Todos miran con horror la cruz, nadie la quiere tocar por miedo de quedar infamado: es necesario usar de

amenazas y de promesas, para obligar á un extranjero que pasa á echarle mano. ¡Dichoso Simon Cirineo! ¡Oh, si supieras la honra que te hacen los Judios sin pensarlo! Tú eres, sin saberlo, el compañero de un Hombre-Dios, el coadjutor del Redentor de los hombres, el portador del instrumento de la salvacion del universo. A sócíame, Señor, á tu glorioso portacruz, para que habiendo acompañado á Jesucristo en su pasion, merezca acompañarlo en su gloria.



ORACION.

¡Qué? os veo, Jesus mio, caido y abrumado bajo el peso de vuestra cruz, ¿y no haré todo lo que pueda para aliviaros? ¡Ay! hasta ahora en lugar de aliviaros, os he añadido nueva carga con mis pecados, tan multiplicados los unos sobre los otros. ¡Miserable de mí! ¡qué bárbaro he sido!

Perdon, Salvador mio, perdonadme mi crueldad. Desde ahora quiero aliviaros en cuanto pudiese; y será, absteniéndome con mas cuidado de pecar y en lugar de pecar y ofenderos, os amaré, os serviré, me compadeceré de vos, y os acompañaré mas fielmente en vuestras penas y en vuestros tormentos.

Padre nuestro y Ave Maria, para que no hagamos mas pesada la cruz de nuestro Señor con nuestros pecados, y por todos los enemigos de la cruz.





XIII. ESTACION.

*El lugar donde las Mugeres y las hijas devotas de
Jerusalen lloraron, al ver á nuestro Señor.*

Este fué el primer consuelo que nuestro Señor recibió en los dolores y penas de su pasion. Una tropa de mugeres y de doncellas devotas, que habían asistido con bastante frecuencia á sus divinos sermones, y que habían sido testigos oculares de sus grandes milagros, viendolo pasar en un estado tan lastimoso, y tan indigno de la reputacion y de la estimacion en que estaba un poco antes, fueron movidas de una estremada compasion; y por una ternura natural á su secso, empezaron á dar gritos, á prorrumpir en tristes lamentos, y á verter torrentes de lágrimas. El

testimonio público de tristeza y compasion que daban al Salvador, es muy justo y muy loable, y se puede decir que no se puede tal vez llorar por un motivo mejor, que por compasion á Jesu-Cristo padeciendo. Sin embargo, volviéndose hácia ellas nuestro Señor, las dijo: hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí; llorad sobre vosotras, y sobre vuestros hijos; porque si al leño verde se le dá un tratamiento tan malo, ¿cómo será tratado el leño seco? Quiere decir: si el inocente es tan rigurosamente castigado, ¿qué suplicio no debe esperar el culpable? y si el hijo único de Dios, es entregado á la muerte de cruz, por pecados que no ha cometido; ¿los pecadores que no son sino unos esclavos, tienen razon para prometerse la impunidad de sus delitos? Es menester advertir bien aquí, que nuestro Señor no condena las lágrimas que se derraman por compasion de sus penas y tormentos; lo que dice es, que quiere mas que se lloren los pecados, que son la causa de sus tormentos. ¿Qué empleo tan bello, que ocupacion tan divina, llorar sus pecados y los de todo el mundo, con doloroso sentimiento de contricion! ¿qué espectáculo tan agradable á los ojos de los ángeles y del mismo Dios, ver una alma cristiana de rodillas, con las lágrimas en los

ojos y con el corazon lleno de sollozos, llorar ante un Crucifijo los pecados que se cometen todos los dias contra su Magestad Divina, y vuelven á crucificar á Jesu-Cristo, como dice San Pablo! Las damas de distincion como advierte San Juan Crisóstomo, para dar mas lustre y mas brillo á su belleza, llevan ricos pendientes de perlas en las orejas: pero las almas santas, para presentarse á los ojos de Dios y de los ángeles, muestran su rostro mojado con lágrimas de contricion. Estas lágrimas, dice San Bernaráo, son un vino precioso, un vino aromático, un vino todo celestial y todo divino, que es servido por los ángeles en la mesa de Dios. Estas lágrimas, dice San Hilario, hacen por nosotros el oficio de embajadores para con Dios, y nos alcanzan de su bondad el perdon de nuestras culpas. ¡Oh, y qué milagrosas son estas lágrimas! corren hácia abajo, y suben hácia arriba; son mudas y hablan alto; se desprenden cayendo á tierra, y son conservadas preciosamente en los tesoros del cielo. David las había oido abogar por él sin decir palabra, y pedir eficazmente el perdon de su delito sin hablar. Por eso le decia á Dios: *Auribus percipe lágrimas meas*: Señor, dad oidos á mis lágrimas, y escuchad mis lloros. El Santo Profeta Jeremías se servía

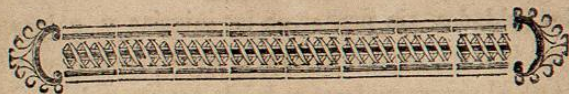
de la elocuencia muda de las niñas de sus ojos, llorando para aplacar la indignacion de Dios, y moverle á compasion: y excitaba á la ciudad de Jerusalem, á hacer lo mismo que él: *Non taceat pupilla oculi tui*: No des tregua ni reposo á las niñas de tus ojos: hazlas clamar incesantemente á Dios por medio de sus lágrimas. San Pedro despues de haber negado tres veces á su buen Maestro, supo llorar tan bien su pecado, que con el agua de sus lloros borró como una esponja la mancha de sus tres negaciones. Y Santa Magdalena, despues de haber ajado la flor de su juventud, con una vida libertina é impúdica, se purificó tan perfectamente en el bautismo de sus lágrimas, que sobrepujó á muchas vírgenes en pureza. Os pido pues, Dios mio, el don tan precioso y tan saludable de las lágrimas de una contricion verdadera; y para obtenerlo, os suplico me lo deis por las lágrimas que mi Salvador derramó en todo el curso de su vida y de su pasion.



ORACION.

Yo, Dios mio, os pido el precioso don de las lágrimas, para llorar amargamente mis culpas, como Santa Magdalena, como San Pedro, y otros muchos Santos, y para lavar enteramente mi pobrecita alma; y para obligar vuestra bondad á que me lo conceda, os lo ruego, Eterno Padre, Padre de misericordia, por las lágrimas que vuestro hijo amado, y nuestro Salvador derramó en todo el curso de su vida y de su pasion.

Padre nuestro y Ave Maria, por alcanzar de Dios, el don de lágrimas de una verdadera contricion.



XIV. ESTACION.

La casa de la piadosa Verónica, que enjugó con su velo el rostro de nuestro Señor, cubierto todo de sudor, de sangre y de salivas.

Hé aquí la mas bella accion que se hizo jamás en favor de Jesucristo, cuando padecía. La devota Verónica estaba en su casa, cuando oyó el tumulto y la gritería de una multitud infinita de gente y de soldados, que conducían al Salvador al suplicio: levántase á toda prisa, saca la cabeza fuera de su puerta, pone la vista en medio de la turba, y vé á su Redentor que deja escapar un rayo de luz de su cara, y la hace conocer con la luz de la fé, que él es el hijo de Dios. A esta vista, toma su velo como fuera de sí, se echa á la calle, atraviesa por los ministros de justicia y

los soldados, sin pensar en las injurias y golpes que la dan; llega á presencia del Salvador, que tenía el rostro cubierto todo de sangre y de sudor, le adora sin embargo de la oposicion que encuentra, y con su velo de tres doblaces, le enjuga y limpia aquel divino rostro, oscurecido bajo el nublado de los pecados del mundo. ¡Oh generosa muger! no hay con quien compararte, ni tienes otra igual sobre la tierra: en un tiempo en que todo el universo se ha conjurado contra la vida del Salvador; en un tiempo en que Dios su padre lo ha abandonado en manos de los pecadores; en un tiempo en que los ángeles de paz lloran amargamente, sin poder darle socorro alguno; en un tiempo en que sus apóstoles le han dejado, le han hecho traicion y le han negado; en un tiempo en que su bendita madre la Santísima Virgen le ha afijido infinitamente con su pasmo; en un tiempo en que toda la ciudad de Jerusalem pide en justicia su muerte y su crucifixion; en un tiempo en que es un delito y un sacrilegio entre los judios reconocerle por hombre de bien; tú lo reverencias como á tu Mesías, tú lo adoras como á tu Dios, tú le das consuelo y refrigerio en medio de sus mayores enemigos. En verdad, tú mereces una gloria inmortal en el

tiempo y en la eternidad. Así, el Salvador te hizo el mas rico regalo que jamás hizo á otra criatura del mundo, que fué darte su retrato impreso en los tres doblaces de tu velo. Estiende ese velo delante de las cuatro partes del universo: haz ver á los hombres el rostro miserable y afeado de un Dios padeciendo: predica por medio de tus imagenes la pasion de Jesucristo, mas lejos y en mas lugares que la han predicado los apóstoles. Por lo que á mí toca, yo te ofrezco mirarte con veneracion toda mi vida, por el acto heróico de tu caridad; y que en vida y en muerte tendré siempre en mi boca el nombre de la incomparable Verónica.



ORACION.

¡Qué vergüenza tengo, Salvador mio, cuando considero la generosidad de esta muger, que sin reparar en las injurias, ni en los golpes que recibe, pasa osadamente hasta vos, y os hace todas las honras y servicios que puede en medio de vuestros enemigos! Y yo, por un miserable respeto humano, por no disgustar, ó por agradar á la fantasía de no sé quien, tan cobardemente y tantas veces he dejado de decir ó hacer lo que os gustaba, ó he dicho y hecho lo que os disgustaba y ofendía. Infeliz respeto humano; tú eres verdaderamente un menosprecio de Dios; pues haces que se respete y se tema mas al hombre que á Dios. Pero Dios mio, quiero de hoy mas, y os pido esta gracia; quiero, digo, estar poseido del respeto divino, el cual es un verdadero menosprecio del respeto humano, pues hace que se respete y se tema mas á Dios que al hombre, cualquiera que sea.

Os suplico á mas de esto, amable Salvador mio, que hagais que me represente á menudo vuestro divino rostro, maltratado todo á golpes, bañ-

do todo en la sangre que corría de las llagas de vuestra sagrada cabeza coronada de espinas, y llena de lodo, cuando caiste en las calles de Jerusalem bajo el peso de vuestra cruz; á fin de apartar mi corazon y mis ojos de todos los rostros humanos, é ir á ver en el cielo la belleza incomparable de vuestro rostro, que está despidiendo todo rayos de gloria.

Padre nuestro y Ave Maria para que tengamos mas respeto á Dios, y mas temor de desagradarle, que á persona alguna del mundo.

